

En este número

El movimiento de 68 —entre otros muchos cambios en la vida contemporánea de México— propulsó un nuevo movimiento intelectual. Una vasta operación cultural orientada a pensar sobre nosotros mismos, que surgió de la necesidad de reinterpretar nuestro pasado y de responder a las preguntas de nuestro presente para poder imaginar con mayor claridad nuestro futuro. Su origen se localiza en la ruptura —social, ideológica, política— que produjo la represión desatada por el Estado y el sistema político contra el —hasta hoy— más importante movimiento democrático posrevolucionario. La historia y las interpretaciones oficiales perdieron valor y pertinencia, capacidad de lograr asentimiento. Partió de allí el imperativo (muchas veces sólo oscuramente sentido) de reconocernos, el cual se ha venido cumpliendo de tal manera que ha adquirido la consistencia de una empresa social: un número de cabezas pensantes como no lo hubo en ninguna época anterior, ha dedicado sus esfuerzos a la tarea de desentrañar los enigmas de la historia, de la cultura y de la vida pública mexicanas, Además de la notable aportación de algunos estudiosos extranjeros, hay que anotar (como dato revelador de la profunda necesidad de ese reconocimiento) la abundante reedición de obras de escritores clásicos mexicanos, también sin paralelo con otras épocas.

Todo ello, sin duda, es síntoma de “una profunda fermentación subterránea”. En todo caso, hay que inscribir ese movimiento intelectual entre los grandes cambios en curso en la sociedad mexicana. En un corto lapso histórico se renovó ya nuestra visión de muchos aspectos del país, y han venido cambiando algunos modos de pensar. Parece, sin embargo, que aún nos encontramos en un periodo de acumulación de nuevos conocimientos, sin alcanzar todavía la etapa de formulación de nuevas síntesis. Ello ocurre particularmente con los nuevos estudios elaborados desde perspectivas críticas, cuestionado ras del orden y de las versiones oficiales u oficiosas; aquéllos “conectados por invisibles hilos al cuerpo del pueblo”. Porque, a fin de cuentas, se trata de una lucha. De una pelea que se desarrolla, muchas veces sin explicitación suficiente, en el terreno de las ideas y de la cultura.

En efecto, no sólo han aparecido nuevos estudios y reinterpretaciones animados por una visión crítica, los cuales contribuyen ya, en muchos sentidos, a preparar la contraofensiva de las clases dominadas, víctimas en los últimos años de los embates de la crisis y de la ofensiva del capital; también se ha difundido una nueva serie de versiones e interpretaciones —de la historia, de la economía, de la política y la cultura— tendientes a renovar la visión oficial y a restaurar los valores del orden.

Pero además de la lucha entre visiones contrapuestas, también se desarrolla una intensa polémica entre las versiones críticas. Resulta natural que el tema más polémico y más apasionante lo constituya aquél que por derecho propio es el enigma central de nuestra historia contemporánea: la revolución mexicana que estalló en 1910 y marcó para nosotros el transcurrir completo del siglo XX. No es casual que los estudios críticos mejor fundamentados sobre ese acontecimiento mayor hayan comenzado a aparecer cuando sus repercusiones sobre la conciencia social y su legitimidad empezaron a agotarse. Y, sin duda, las discusiones sobre la revolución mexicana continuarán durante bastante tiempo todavía.

En esta entrega de *Cuadernos Políticos* publicamos un importante ensayo de Alan Knight: “La Revolución Mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente una gran rebelión?” Knight, un

estudioso todavía poco conocido en México, discute, a partir de un conocimiento amplio y preciso de la bibliografía pertinente, los más importantes estudios sobre la revolución que se han producido en los últimos lustros. Cuestiona muchas de las nociones en boga, propone alternativas de interpretación y, en fin, renueva la polémica más importante de las últimas décadas: ¿cuál es el carácter de la revolución mexicana?

—Rubén Jiménez Ricárdez

**Que las manos callosas de los campos y las
manos callosas del taller se estrechen en saludo
fraternal de concordia; porque en verdad, unidos
los trabajadores, seremos invencibles, somos
la fuerza y somos el derecho; ¡ somos el mañana!
¡Salud, hermanos obreros, salud, vuestro amigo el campesino os espera!**

—Emiliano Zapata
